

Leódile Béra ("André Léo")

La mujer y las costumbres

Libertad o Monarquía (fragmento)

Este texto, traducido al castellano por Trasversales, reproduce un fragmento inicial del libro *La femme et les moeurs. Liberté ou Monarchie* (pp. 1 a 37, 1869, *Le Droit des femmes*), obra de Léodile Béra, más conocida como "André Léo". A lo largo del texto hay algunas aclaraciones de la traducción colocadas entre corchetes; las notas a fin de texto también son de la traducción, salvo la número 10, que es de la autora.

Actualmente, pese a tantos prejuicios y sarcasmos, la discusión en torno a la igualdad de la mujer se agita en *los dos mundos* [Europa y América] y se amplía día tras día, aunque apenas ayer mismo este tema fue rechazado como quimérico y después combatido como ridículo.

Esta discusión nació de la Revolución francesa, que creó o renovó todos problemas por medio del nuevo principio proclamado por ella, en el que la igualdad de las mujeres está contenida, como lo están todas las demás exigencias de igualdad.

Pero la humanidad raramente comprende de golpe el sentido de sus propios descubrimientos. En ese impulso apasionado que hizo caer tantas cadenas, que reconoció al hombre en el esclavo e hizo del siervo un ciudadano, fue olvidada la mujer, que también participó de él. No se reflexionó sobre ello.

Una única inteligencia, tan elevada como pura, superior a su época y aún poco apreciada en la nuestra, no cayó en ese olvido y lo señaló en vano. Condorcet escribió:

"La costumbre puede familiarizar a los hombres con la violación de sus derechos naturales hasta el punto de que entre aquellos que los han perdido no haya nadie que piense en reclamarlos o que crea haber sufrido una injusticia.

Algunas de estas violaciones se les pasaron por alto incluso a filósofos y legisladores que se ocupaban con el mayor celo en establecer los derechos comunes de los individuos de la especie humana, haciendo de ellos el único fundamento de las instituciones políticas. Por ejemplo, al excluir a las mujeres del derecho de ciudadanía ¿no han violado todos ellos el principio de la igualdad de derechos al privar impávidos a la mitad del género humano de su derecho a participar en la formación de las leyes? (...)

Para que tal exclusión no fuese un acto de tiranía sería necesario demostrar que los derechos naturales de las mujeres no son absolutamente los mismos que los de los hombres, o demostrar que son incapaces de ejercerlos. Ahora bien, los derechos de los hombres derivan únicamente de que son seres sensibles, susceptibles de adquirir ideas morales y de razonar sobre esas ideas. Por consiguiente, como las mujeres poseen esas mismas cualidades, tienen necesariamente derechos iguales. O ningún individuo de la especie humana tiene en verdad derechos o todos tienen los mismos, y quien vota contra el derecho de otro, sean cuales sean su religión, su color o su sexo, abjura de los suyos desde ese mismo momento" (1).

En esto, Condorcet no tuvo discípulos ni adversarios. A todos les pareció pura filosofía. Y los revolucionarios de entonces eran poco filósofos, aunque procedían de ellos. Nunca, sin embargo, las mujeres se habían implicado tanto en una revolución. Tras uno de sus grandes episodios, la marcha desde París a Versalles [5-6 de octubre de 1789], que protagonizaron ellas, se las veía en todos los acontecimientos y escenarios: fiestas, disturbios, prisiones, cadalsos. Sin embargo, al verse rechazadas por la Revolución (2) ésta perdió sentido para las mujeres, como por otra parte le pasó a la mayor parte de los revolucionarios, y pronto se dispusieron a enterrarla. Ellas habían hecho la revolución por odio al despotismo y ellas la desmontaron por el mismo motivo, llenas de lástima hacia los vencidos y cansadas de tantos decretos y prohibiciones. Se había perdido el impulso inicial y el significado del objetivo buscado, porque se había violentado tanto a la humanidad en nombre del género humano, porque se había ido tan lejos en la vía de la tiranía en nombre de la libertad.

Las mujeres retornaron hacia el pasado desalentadas ante aquello en que se había convertido el nuevo Estado. El catolicismo, consciente de su poder, lo utilizó plenamente para seducirlas: renovó su *genio*, se

hizo romántico, se rodeó de poesía e incienso, y sus penitentes tuvieron que abjurar del libre arbitrio que les había extraviado y renunciar a las pompas del espíritu, mucho más peligrosas que las pompas de Satanás a los ojos de la Iglesia. Pese a todo, el espíritu reencuentra su camino. A pesar de la Iglesia y de los prejuicios, las mujeres retornaron a la literatura y la filosofía. En todo viaje se hacen paradas intermedias, pero entre ellas se avanza. Las mujeres se estremecieron al conocer el decreto para su emancipación promulgado por Saint-Simon, y varias de ellas, entre aquellas más inteligentes y leales, se hicieron discípulas del renovador. Hablo aquí de la primera época del saint-simonismo, entre las dos que tuvo (3).

Por mucho que se trate de diferenciarlas, la historia de las mujeres es la historia de la humanidad. Sus sentimientos sólo estallan en el espacio público cuando su emoción es inmensa; pero en los tiempos corrientes su influencia sigue existiendo, aunque sea difícil notarla. Todo reside en saber si esta influencia debe ser instintiva o cultivada. Si debe ejercerse por caminos directos o por caminos tortuosos, a plena luz o en la oscuridad.

En 1830 se produjo un despertar. La mujer aparece desbordante en todos los ámbitos, en la literatura, en el socialismo, en las conspiraciones, en las insurrecciones. Para combatir tal despertar se mofaron de este impulso. Era la eterna oposición entre lo que es y lo que quiere ser, entre quienes tienen y quienes quieren tener; el emancipado de ayer, ahora amo, defendiendo su reino. Pero en este caso no era posible, de hecho, la guerra civil; pero fue una cruel guerra espiritual.

Fue entonces cuando calificaron de "marisabidillas" a las escritoras, estrafalaria denominación que sin embargo tiene algo de verdadero: cuanto más cultiva la inteligencia una mujer, más se aleja de la coquetería (4). La sociedad de entonces, hecha de componendas, superficial y rutinariamente aristocrática, burlándose de todo porque en

nada creía y viviendo día a día, sin vínculo con el pasado y sin interés por el futuro, brillante pero carente de profundidad, censuraba la seriedad en la mujer e incentivaba en ella la frivolidad como virtud. Estas mofas tuvieron gran influencia sobre el escaso desarrollo de la educación recibida por las chicas, ignorada completamente por la monarquía constitucional (5). Tales burlas han equiparado a muchos hombres con Chrysale (6) y han puesto sobre los ojos de las mujeres la cinta del catolicismo y los prejuicios.

Hoy, más que nunca, la "profunda y magnífica" doctrina según la cual la mujer debe ser necesariamente frívola e ignorante se bifurca en dos grandes destinos: para las mujeres honestas, convencidas guardianas del fogón, la paralización de todo progreso en el mundo y la extinción de todo movimiento generoso; para las mujeres que viven en el lujo y las cortesanas, la puesta en juego de su propia honestidad privada... vencida. Hace falta oro a cualquier precio. Los escándalos que crecen y se multiplican agotan la fuente de la indignación pública. Se ha sabido y se sabe lo que puede producir el decaimiento de las costumbres. Pero falta por saber si se comprenderá bien qué es lo que puede sustituir las en nuestra época.

A pesar de la Revolución, se había creído hasta 1830 que la política era en sí misma una ciencia, separada de las ciencias morales. La temática de la mujer y de la familia aparece la última, precisamente por ser la más profunda. Sin embargo, el socialismo, tan verdadero en su principio reivindicativo como discutible en cada una de sus diversas versiones teóricas, se instala en los dos extremos del mundo espiritual, en los pensadores y en los miserables. Y, de repente, la novela y la utopía se convierten en la más acusada expresión del movimiento intelectual; los novelistas fueron los historiadores de esta sociedad trastornada, ya a disgusto bajo su vieja forma. Los novelistas expusieron mejor las llagas sociales y fueron mejor comprendidos que los filóso-

fos, porque, en vez de hacer especulaciones, se dedicaron a mostrar los hechos: la mujer engañada, la criatura sacrificada, la miseria que, abajo, empuja al robo, al asesinato y a la corrupción, mientras que, arriba, la sed de riquezas también empuja al robo, al asesinato y a la corrupción.

Provocando el griterío de los conservadores, se ataca a la familia y a la propiedad, no para destruirlas, como pretenden ellos, para quienes la forma es todo, sino para transformarlas, como antes se había atacado al Estado para cambiarle. Georges Sand, Balzac, Eugène Sue hicieron su obra, al lado de Saint-Simon, de Cabet, de Fourier. En todas partes eran denunciados los vicios del matrimonio, al mismo tiempo que se denunciaban los del proletariado. Se retomaba así la obra de la Revolución allá donde ella se había detenido, allá donde había tenido que pararse porque sólo con la política no se podía ir más lejos.

Antes de 1848 sólo los socialistas habían planteado la cuestión del *derecho* de la mujer. En 1848 hubo un movimiento de mujeres, pero fue recibido con escasa sensibilidad y fue objeto de mofa, pese a que probablemente no fuera más ridículo que los demás clubes (7). Los propios socialistas estaban tan poco preparados para la entrada de la mujer en el ámbito político que la candidatura de Jeanne Deroin a las elecciones de mayo de 1849 para la Asamblea Nacional Legislativa encontró muy pocos apoyos en su partido. La protesta de Pauline Roland exigiendo su inscripción en la lista de electores de Boussac fue acogida por el alcalde socialista, Pierre Leroux, casi tan mal como lo habría hecho cualquier otro alcalde. Después, el golpe de Estado de Luis Napoleón Bonaparte hizo caer un manto de silencio sobre todos los problemas vitales.

Sin embargo, en 1853 apareció la *Historia moral de las mujeres*, de Ernest Legouvé, un generoso grito de indignación contra los excesos producidos por la brutalidad de las leyes y de las costumbres. Apelaba a la piedad más que al derecho, pero en aquel

entonces esa moderación sirvió a la causa, aún tan incomprendida.

En 1858, a iniciativa de Arlès Dufour, antiguo saint-simoniano de mentalidad siempre abierta a las ideas generosas, la Academia de Lyon sometió a estudio "los medios de elevar el salario de las mujeres hasta igualarlo con el de los hombres, cuando haya igualdad de servicios o de trabajo, y de abrir a las mujeres nuevas profesiones".

Así se abordaba el problema desde el punto de vista económico, tan importante, ya que la reivindicación de libertad e igualdad para la mujer se ve complicada por un inmenso problema material. El salario de la mujer sigue la condición en que se encuentra ésta: se le degrada como se degrada a la mujer. Rechazada en la mayor parte de los oficios, separada de casi todas las profesiones, aplastada en todos los ámbitos y obligada a recurrir a medios diferentes al trabajo para poder vivir, la mujer se hunde y la sociedad se hunde con ella.

De este concurso convocado por la Academia de Lyon salió un ensayo notable por el estudio de los hechos y por su sentido del derecho, publicado más tarde bajo el título *La mujer pobre en el siglo XIX*. Lo escribió una joven pobre y estudiosa, Julie-Victoire Daubié. No se limitó a reivindicar y también quiso intentarlo: dos años más tarde la Facultad de Letras de Lyon le concedió el diploma de bachiller en letras (8).

Otras siguieron su ejemplo, como Emma Chenu, que recibió los grados de bachiller y de licenciada en Ciencias. Estos hechos, aunque aún no son habituales, ya son frecuentes; por ejemplo, dos francesas, una rusa y una estadounidense siguen los cursos de la Escuela de Medicina de París, aunque no sin haber superado a fuerza de coraje muchos obstáculos y desprecios.

La disputa se abrió en 1867 con el libro *La Justicia en la Revolución*, en el que Proudhon insultaba groseramente a las mujeres, y con *El amor y La mujer*, donde Michelet la insultaba casi en igual medida aunque con tono más almibarado.

Estos libros y otros que los plagieron fue-

ron escritos por excéntricos publicistas o por poetas demasiado tiernos, y no eran más que panfletos brutales o fantasías eróticas. Revelaban del hombre mucho más que desvelaban de la mujer. Entre otras, recibieron dos respuestas muy enérgicas, las *Ideas anti-proudhonianas* de Juliette Lambert y *La mujer emancipada* de Jenny d'Héricourt (Jeanne-Marie Poinard), obra esta última de gran polemista, en la que el buen sentido, la lógica y la razón se expresan con un verbo lleno de ironía.

Estas dos obras ganaban claramente la partida a las contradicciones proudhonianas y debilitaron mucho, en el mundo de los pensadores, el prestigio del atleta (9) originario del franco-condado, pero fueron poco leídas por la gente común. El bello libro de Jenny d'Héricourt refuta principalmente a Proudhon, pero también da de lleno sobre Michelet, Auguste Comte y otros detractores de la mujer. Pero, al ser demasiado serio y elevado como para suscitar curiosidad y escándalo, no logró contrarrestar la influencia popular de esas otras doctrinas firmadas con nombres conocidos.

En Francia, donde se siente la necesidad de brillar en cualquier tema de conversación, donde se carece del tiempo necesario para profundizar en todas las cosas y donde la mente es tan efímera como la palabra, la opinión está marcada por una extrema impresionabilidad; como en la atmósfera, en la opinión hay corrientes impetuosas y cambiantes. Para muchos, la mujer se convierte en una enferma, y para todos en una inferior. Por otra parte, para esto bastaba dejarse llevar por la tradición.

Se ha atribuido a la influencia de Michelet una marcada suavización en las costumbres matrimoniales. Pero esto es muy dudoso, ya que sólo se estima de verdad y con constancia a quienes se respeta, y porque la única verdadera barrera contra el egoísmo del poder son los derechos adquiridos, realizados, alzados sobre la propia fuerza. Influencias como la de Michelet, arbitrarias y superficiales, sólo puede producir análogos efectos (10).

En definitiva, hasta ahora la mujer sólo ha ganado de la Revolución la ley sobre herencias y una protección insuficiente contra los abusos públicos. ¿Es más respetada que antes? No. Aunque desde hace algunos años se siente que, por la fuerza de las cosas, hay que contar con ella, se sigue cuestionando su derecho, que irrita al poder masculino. La inquietud y la desconfianza despertadas hacen que la antigua cortesía sea dada de lado y, sin querer tratarla como igual, se la trate ya como adversaria.

"¡Derecho de las mujeres! ¡Qué ridiculez!", gritan. Y, según cual sea la capacidad reflexiva del que habla, se limitan a alzar los hombros o sueltan algunas frases profundas sobre la exacta suma de libertad y de beneficios que se puede otorgar a las mujeres, de acuerdo a sus deberes y a las necesidades de la sociedad. En cuanto a los beneficios derivados del derecho común, se les puede contar con los dedos de una mano. Para decirlo claramente, el derecho de la mujer está mal visto y aún se le soporta peor. No saben hablar de él, incluso los más indulgentes, sin mostrarse pudorosos y sin una semisonrisa en la boca.

Sin embargo, quizá la risa, tan útil en otras cosas, no sirva de nada en ésta. Todo se desgasta, hasta las burlas; pero los problemas continúan hasta que son resueltos. A los superficiales les gusta desdeñar, a los cultos les gusta lanzar observaciones maliciosas o incluso groseras (a veces domina la pasión), a los vulgares les gusta imitar a sus líderes; en literatura gusta musicar la situación y demostrar, a base de enfatizaciones, gorgoritos y fantasías, que la mujer es una hurí, una peri (11), un hada, un ángel, ajena a todo lo terrestre... salvo a algunas cosas. La fuerza de las cosas, que actúa pese a todo, nos obliga hoy a hacer inventarios terribles, poniendo de relieve una situación que no es superficial, ni espiritual, ni graciosa, sino, si nos empeñamos en ello, ridícula pero de manera muy amarga.

Las cifras han demostrado desde hace mucho tiempo que el salario de las mujeres

es insuficiente. Para las obreras en las ciudades su valor medio es 1,20 francos diarios. Pero las medias son demasiado abstractas y para evaluar el hambre más humanamente sería preciso excluir del cálculo los ingresos más elevados, excepcionales y reservados a muy pocas mujeres. Así que, si la mayoría de las mujeres gana en torno a 1,20 francos diarios, también hay una minoría que gana aún menos y cuyo salario llega a caer hasta los 60 céntimos diarios. Y no hace falta demostrar que con ese dinero es imposible la existencia en nuestras ciudades. Lo mismo pasa en el campo, pero en las ciudades más aún.

¿Cómo pueden vivir entonces? La respuesta es conocida, se ha convertido en banal: recurriendo a comportamientos considerados inmorales, como la prostitución. Algunas mujeres se suicidan. Los partidarios de "buenos principios" me harán una objeción: ¿qué pasa con el matrimonio?

Mucho habría que decir, desde el punto de vista moral, sobre el matrimonio en tanto que recurso económico; pero, sin entrar en ello ahora, se reconoce que los hombres, sobre todo los obreros, cada vez se casan menos. La mujer y los hijos son una carga, una obligación, así que prefieren, con la ayuda de una ley complaciente, explotar a la mujer y perder a la criatura. Se dice, se repite, se grita que las costumbres están en decadencia. En las ciudades, el concubinato es regla y el matrimonio excepción. Y, si se piensa en ello, se seguirá en esa condición ya que el concubinato puede renovarse varias veces mientras que, por regla general, el matrimonio sólo ocurre una vez en la vida.

Se ha hablado con frecuencia de la lucha entre honor y hambre que se impone a la obrera. Desde luego, esa lucha existe, pero en la mayor parte de las ciudades industriales se la previene por medio de un exceso de corrupción.

"En nuestras ciudades industriales puede verse a jovencitas de 12 años ofrecerse cada tarde en la calle, y en la ciudad de Reims son más de cien las que, con esa edad, tie-

nen como único medio de subsistencia la prostitución" (Louis-René Villermé, citado por Julie-Victoire Daubié). Para aquellos que sólo tendrán en cuenta la degeneración moral diré que a ésta sigue naturalmente la degeneración física; entre ambas se engendran y perpetúan. La población se reduce y envilece. Vamos hacia Liliput. ¿Cómo no iba a ocurrir? A la mujer engañada sigue la criatura abandonada; la vida libertina es una vida gangrenada desde su germen.

En la estadística judicial de los últimos 10 años se contabilizan numerosos infanticidios, aunque sólo llegan a los banquillos de los tribunales algunos torpes intentos; se ha desarrollado de forma considerable la industria social para la realización de abortos, que aborda el problema de forma más decente. Toda situación gravemente criminalizada genera instituciones relacionadas con sus necesidades. A pesar de todo, Francia alimenta anualmente unos 50.000 niños abandonados, de los que las tres cuartas partes mueren antes de los 12 años. El resto está condenado a poblar prisiones, centros de trabajos forzados y patíbulos.

"Ocho de cada diez menores entre los que ocupan el tiempo de nuestros tribunales pertenecen a la tribu de los hijos naturales, que aporta a la prostitución más de la cuarta parte de sus reclutas. El ejército de ladrones, timadores y bandidos que campa entre nosotros le debe la mayor parte de sus soldados, incluso de sus soldados de élite", escribe Paul Lacombe (12).

¿De dónde procede esta desmoralización? Suele buscarse causas políticas, pero las causas políticas sólo son efectos. ¿Qué las produce? ¿Qué produce el envilecimiento de las mentes? ¿Qué produce la indiferencia ante el bien, la despreocupación ante el mal, esa cobarde indolencia que se adormece en el gozo, esa excitación en la que el alma sólo tiene impresiones fugaces, sin ideas o sentimientos, en la apetencia de la inacción? ¿Quién ha extinguido el entusiasmo y ha quitado de la mirada de la juventud la risueña llama de las grandes espezanzas, sustituyéndola por la atonía de la ebríe-

dad o el viscoso brillo de vergonzosos deseos?

Es la lujuria. ¿Pero de dónde viene la lujuria? ¿En qué se diferencia del amor? Se diferencia en que la lujuria sólo atiende a los sentidos, mientras que el amor aprovecha y exalta simultáneamente todas las facultades del ser. En el amor, el ser amado se convierte en el ideal, mientras que en la lujuria el ser sólo es objeto.

Siendo así, ¿qué ha pasado con la mujer?

Se ha hecho de ella un objeto. Por la dependencia material en la que es mantenida, excluida de casi todas las funciones sociales no serviles y reducida a un salario insuficiente, se la fuerza a venderse en el matrimonio a cambio de una protección frecuentemente ilusoria o a alquilarse en uniones temporales.

Se ha hecho de ella un objeto. Se la ha atribuido una especie de incapacidad moral por la servidumbre moral que se le impone al declarar que no está hecha para sí misma sino para el hombre, nacida para su dedicación, como anexo y accesorio, al ser principal, hacia el que se le ordena sumisión, y al privarla en consecuencia de iniciativa y responsabilidad.

Reduciendo sistemáticamente el nivel educativo de las mujeres, prohibiéndoles los estudios superiores por medio del imperio del prejuicio y el rechazo de los medios precisos, se las ha obligado a ser, en general, intelectualmente inferiores y se las ha rebajado del papel de sujeto al de objeto.

En suma, mientras que se ha honrado la exaltación de las facultades brutales del hombre, se han arrasado todos los obstáculos y agotado todas las fuerzas que las mujeres podían oponer ante esa brutalidad. Las mujeres tienden a ser de más prudente conducta, pero se ha querido que no se pertenezcan a sí mismas. Se les impone como dogma la sumisión y la falta de personalidad, y este dogma ha sido ratificado en todas las leyes civiles, políticas y económicas. ¡Después se extrañan de la degradación de las costumbres!

¡La sumisión! A veces se aplican las pala-

bras como silogismos inconscientes: *¡Fille soumise!*... [término con el que la policía francesa del siglo XIX se refería a las mujeres que se habían registrado oficialmente para el ejercicio de la prostitución]. En efecto, ese es el último desaguadero del sistema. De renuncia en renuncia, de caída en caída, se desemboca en ello.

Este sistema no es nuevo. Pero ahora produce sus efectos más violentos, a causa de la bastarda alianza entre el viejo orden y el nuevo orden. La mujer se encuentra con que se la considera a la vez responsable e irresponsable. Excluida de la ley común en lo que se refiere a derechos, se la incluye en cuanto a deberes. Declarada débil y subordinada, y como tal excluida de participación en los beneficios sociales, tiene que cuidar de sí misma, sin protección real alguna. Una nueva fuerza social, la industria, la acepta pero sólo para estrujarla; las leyes civiles y económicas la condenan a la miseria, y la miseria la condena a la deshonra.

"La miseria de las prostitutas es tal que, en un recuento de las muchachas inscritas en París, entre más de 6000 prostitutas sólo se encuentran dos que hubieran podido vivir de su trabajo o de sus rentas... una de ellas luchó contra el hambre durante tres días antes de inscribirse... Obreras o sirvientas sin recursos y sin asilo se ven obligadas a vagar por las calles de nuestras ciudades, donde la policía las echa el guante. Esta policía está formada por los *sergents de ville*, en su mayor parte ex soldados, que han arrastrado a jóvenes vírgenes al *Bureau des moeurs* bajo la acusación de haber incitado al libertinaje sin autorización ni licencia... estos errores crueles se repetían todos los días contra las hijas del pueblo sin que se escuchase su grito de protesta... Entre 4000 muchachas inscritas nativas de París sólo se encontraban, hace unos años, unas 100 capaces de firmar con su nombre... las hijas naturales forman la cuarta parte de los efectivos de las *casas de tolerancia*, completados en parte por las víctimas de la seducción" (Julie-Victoire Daubié, *La Femme pauvre au XIX siècle*).

"La prostitución legal, por tanto, sólo nos da un pálido reflejo del progreso de la demoralización en nuestro siglo, ya que el número de muchachas abocadas a la prostitución clandestina triplica el número de las legalmente incritas. A aquellas se las encuentra en una multitud de cafés, teatros, cabarés, tabernas y 'casas de citas'" (Id.).

El número de prostitutas es considerable, pero el número de prostiutos es mayor. Sin embargo, éstos, que no están sometidos a ninguna ordenanza específica, infectan tranquilamente nuestras calles con su corrupción y son un peligro permanente para la seguridad pública, propagan el desorden moral y contaminan hasta las mentes honestas, obligadas a contar con su existencia y a temer encontrarse con ellos.

Pero, en esto, el hombre es irresponsable. Por una extraña anomalía, pese a haber sido proclamado mayor, es irresponsable, mientras que la mujer, declarada menor, es responsable. Aunque la opinión pública reconoce que es un agente de la inmoralidad, pasea impunemente sus "calenturas" y hace alarde de ellas. Puede seducir, sin miedo a las consecuencias, a jovencitas de 14 o de 16 años. Por ejemplo, el año pasado una madre llevó a juicio al seductor de su hija de 14 años, por haberla arrastrado a una casa de citas en la que pasaron la noche, pero el hombre fue absuelto porque la joven había ido con él por su propia voluntad.

El hombre es totalmente libre para transformar en crimen abyecto el vínculo más fuerte y más sagrado de la naturaleza. Si la muchacha a la que ha abandonado, presionada por la vergüenza o por la miseria, se deshace de la criatura que él ha creado, ese mismo hombre será testigo de cargo en el proceso, del que saldrá sano y salvo, para así poder unir su voz a la de la opinión pública en otra ocasión para expresar su desprecio a estas desdichadas. Y, sin embargo, no faltan argumentos para sostener que el aborto es menos cruel que el abandono de la criatura. Se conoce sobradamente la espantosa mortalidad que hay

entre estas criaturas abandonadas, y cuanto desprecio y cuantos malos tratos marchitan y pervierten a aquellas que lograr resistir las consecuencias de un mal cuidado en la infancia, así como que estarán predestinadas a convertirse en reclutas del crimen y de la inmoralidad.

Sin embargo, cada vez son más. Cada año nacen en París entre 16 mil y 17 mil. "Todos los estadísticos admiten un continuo aumento del número de hijos naturales" (Émile Acollas, *L'Enfant né hors mariage*).

Claro que estas cosas no nos quitan el sueño. Nos hemos acostumbrado, de forma noble y desinteresada, a no mezclarnos en las cosas sociales y preocuparnos sólo de nuestros asuntos personales. Se es idealista o no se es. Resulta bonito vivir con los pies en el fango pero con la mirada en las nubes. A veces, no obstante, nos damos cuenta de que esto va mal y nos preocupamos: cuando se nos roba; cuando se nos asesina; cuando se nos lleva a la quiebra, cuando nuestra hija se casa con un mal tipo, cuando nuestro hijo destruye su alma, su cuerpo y sus bienes; cuando la irritación social se traduce ante el mundo en inconmesurables bajezas; cuando la hipocresía, una vez alcanzado el límite que la separa del cinismo, se ríe de nosotros ante nuestras propias narices; cuando al arbitrio de un juez se abre alguna trampilla de la que emanan vapores hediondos, cuando el crimen nos frecuente y rodea por todas partes; cuando, en fin, los hechos se hacen insoportablemente insolentes.

En otros tiempos, se obligaba a los pobres a conducirse apropiadamente; sólo los "niños bien" tenían derecho a la orgía. Pero ahora indigna la igualdad en las malas costumbres. El hombre del pueblo explota a la mujer, como hacían los nobles y como hacen los burgueses. Cada año nacen 75 mil ciudadanos sin estado civil, y la cifra tiende a crecer. Y en esto la multitud tampoco se anda con chiquitas: debuta en este reino con costumbres de príncipe. Ya no hay familia, o poco falta para ello. La pro-

piedad, legítima o no, está amenazada. En otros tiempos, la gente se reía de estas cosas, los ingeniosos hacían graciosas bromas que regocijaban a nuestra fácil y alegre humanidad. Pero, desde que estas situaciones afectan a todo el mundo, no hay manera de que siga siendo así.

Tomemos en cuenta también el asunto del lujo. La mujer, *nacida para gustar*, se ha tomado este destino tan en serio que el gasto dedicado en cada hogar a acicalarse y vestirse se ha hecho semejante, en cuanto a déficit y deuda, a los presupuestos gubernamentales. El honor y la conciencia pagan los costes del sistema, sin evitar la ruina final. Claro, ¡hay que vivir bien! Lo que pasa es que aquí abajo vivir es tener un trozo de pan mientras que allí arriba es poder comer un rodaballo y tener terciopelos y encajes. Pero en ambos lugares se cede a una dura necesidad. Es cierto que la mayor parte de las mujeres "como es debido" sólo se venden a su marido, pero si estos las rechazan estúpidamente, ¿no merecen ellos que se deje de quererlos y que se busque la emoción de una entrega más apasionada?

Vosotros, los hombres, sois extraños. Decís que la mujer ha nacido para gustar, y no le dejáis hacer otra cosa. Le vetáis las cosas serias, le ordenáis ser frívola. Pero si lo es, si sus dedos juegan con el honor, con la delicadeza, con las ideas políticas, si con sus piecitos, calzados de terciopelo, pisea bailando todas las cosas que no comprende, ¿venís ahora a quejaros en vez de felicitaros por su obediencia?

Cuando se trata de la mujer, el hombre ni quiere ni parece que pueda ser lógico. Sin embargo, cada vez los hechos le presionan más y le hacen más mella. La condición de la mujer, convertida en un peligro social para las costumbres y en una causa de demoralización y ruina de las familias, emerge como el inexorable problema que se plantea hoy en el terreno político, o, mejor dicho, el problema que está planteado desde hace mucho tiempo pero que por fin se hace visible ante todas las miradas.

Notas

1. Jean-Antoine-Nicolas de Caritat, marquis de Condorcet (1743-1794), *Sur l'admission des femmes au droit de cité* (1790) http://classiques.uqac.ca/classiques/condorcet/admission_femmes_droit_de_cite/admission_femmes_droit_de_cite.html

2. El 30 de octubre de 1793 la Convención Nacional prohibió los clubes de mujeres. El diputado André Amar declaró que las mujeres no deben tener derechos políticos ni asociarse porque de hacerlo estarían sacrificando asuntos más importantes a los que han sido llamadas por la naturaleza, "Las funciones privadas a las que están destinadas las mujeres por naturaleza ayudan a sostener el orden social. Y para el orden social es necesario que cada sexo se ocupe de aquello que le esté encomendado por naturaleza"; este inhumano personaje fue uno de los más feroces perseguidores de los girondinos por ser "contrarrevolucionarios", pero llegado el momento se unió a la denominada "reacción termidoriana" y apoyó la ejecución de Robespierre y Saint Just. El discurso con el que este "revolucionario" presentó la propuesta del Comité de Seguridad General es uno de los más contrarrevolucionarios que nunca se han hecho. Leerlo es muy instructivo:

<http://www.siefar.org/docsiefar/file/Amar-Discours1793.pdf>

En mayo de 1795 prohibió la asistencia de las mujeres a asambleas políticas. Con Napoleón las mujeres perdieron aún más derechos.

3. En realidad, Saint-Simon trató muy poco la cuestión de la mujer, aunque en algunos momentos se generaron algunas polémicas (como la de Marx y Engels con Karl Grün) en torno a una referencia que aparece en "Cartas de un habitante de Ginebra a sus contemporáneos", donde Saint-Simon, refiriéndose a su propuesta de un tanto extravagante y elitista "Consejo de Newton", formado por sabios y artistas financiados por una especie de "crowfundig" o suscripción voluntaria, dice que "Se admitirá que las mujeres participen en la suscripción y

que puedan ser nombradas" [al citado Consejo]. Numerosas mujeres de inspiración saint-simoniana, con orientación feminista, crearon numerosas publicaciones y se implicaron en la vida política.

4. Hemos traducido por "marisabillas" la expresión *bas-bleus*, que en francés tiene relación literal con la vestimenta, ya que quiere decir algo así como "medias azules", pero que se aplicó despectivamente a las mujeres intelectuales, usándose siempre en masculino, "un bas-bleus", como en castellano los machistas tienden a decir "un marimacho" aunque se refieren a mujeres. Por eso André Léo hace ese juego de palabras relacionando esa expresión con la coquetería.

5. Posiblemente André Léo se refería al reinado de Louis-Philippe I, entre 1830 y 1848, es decir, entre dos revoluciones. En ese periodo la carta constitucional se presenta como un pacto o contrato entre el rey y los franceses, aunque en realidad la carta fue elaborada por el parlamento de antes de la revolución y jurada por el rey.

6. Chrysale es un personaje de la obra *Les Femmes savantes*, de Molière.

7. Eugénie Niboyet creó en marzo de 1848 una revista, *La Voix des Femmes*, "revista socialista y política, órgano de interés para todas las mujeres", que poco después se constituyó también como club político, "Société de la voix des femmes". En agosto fueron prohibidos los clubes de mujeres.

8. Daubié fue la primera mujer en obtener el bachillerato en Letras, que abrió las puertas a la enseñanza superior, y también, más tarde, la primera licenciada en Letras.

9. Entre otros disparates Proudhon escribió: "El genio es, pues, la virilidad del espíritu, su potencia de abstracción, de generalización, de invención, de concepción, de los cuales están desprovistos el niño, el eunuco y la mujer. Y tal vez es la solidaridad de los dos órganos, que así como el atleta se aleja de la mujer para conservar su vigor, el pensador se aleja también de ella para conservar su genio; como si la reabsorción de la simiente no fuera menos

necesaria al cerebro de uno que a los músculos del otro".

10. **Nota de la autora.** Esto ha dado lugar a verdaderas bufonadas. Una rica joven se casa con un hombre sensible a ideas modernas y habituales, que, inmediatamente despide a la doncella de su esposa. ¿Acaso no hacía falta seguir las lecciones del maestro, alejando a cualquier persona ajena a la pareja y poseer para sí solo a su querida y sensible mujer? La joven, obligada a arreglar su apartamento, se quejaba una y otra vez de que esa suprema delicadez la fatigaba, ya que no estaba acostumbrada a esas tareas. Entonces la preguntaban "¿pero al menos tu marido te ayudará?", a lo que respondía "En nada". Además, tenía que cuidarse de la ropa de su marido, que, seguramente, para imponerle este sobretrabajo encontraría motivos impregnados de los más exquisitos sentimientos. Lo falso sólo puede engendrar lo injusto.

11. Peri: divinidades de la mitología persa, de gran belleza y que se alimentaban con flores.

12. Paul Lacombe fue un destacado historiador y archivista francés (1834-1919). En *Le mariage libre* (1867) propone sustituir la institución matrimonial por un simple contrato, una asociación amorosa. Lacombe no se oponía a la procreación fuera del matrimonio, sino a unas leyes y costumbres que, con la pretensión de "defender el matrimonio", dejaban en la indefensión a los hijos tenidos fuera de él: "El interés público no tiene un compromiso con el matrimonio, sino con la filiación, y nace al mismo que tiempo que la criatura. El error cometido hasta aquí ha sido irse por las ramas y poner la atención y la vigilancia social sobre el matrimonio, mera forma de unión de los sexos, en vez de hacerlo sobre la filiación".